

## De los libros de otros y de sí mismo

El encuentro internacional *Chile Poesía* que, bajo la dirección de José María Memet y en el entendido de que su lectura es un acto ritual, tuvo la voluntad de generar espacios de comunicación para recuperar la vinculación entre la palabra poética y las personas, como una tradición en Chile, planificó su acto más significativo el 23 de marzo, con los autores participantes leyendo «desde los balcones» de la Moneda. Esa misma tarde, y por un llamado telefónico de última hora, supe que en la Biblioteca Nacional se lanzaba el libro: *Martínez. Merodeos en torno a la obra poética de Juan Luis Martínez. Ediciones Intemperie. Santiago marzo 2001.*

Salgo a la carrera y compro el pequeño volumen antes de entrar. La sala Cervantes se encontraba llena, «*La desaparición de una familia*», en la voz grabada del poeta, no podía dejar de emocionarnos; tampoco la composición para guitarra y mano izquierda sola que inspiró, interpretada por su autor. Carlos Cociña introdujo consecutivamente a los que compartían la mesa: Elvira Hernández, compiladora del libro con Soledad Fariña, propuso pensar a Martínez como único punto cardinal en la poesía chilena, tomando, a partir de la conocida afirmación huidobriana, la concepción de cinco, procedentes de los pueblos originarios. Ivan Trujillo, desde nueve páginas amarillas y con la retórica del quiasmo, insinuó su lectura como desvío continuo, representado por una X como la del propio Xuan, que es cruce, tachadura, punto de su desaparición, negación o espera de sentido. El último en intervenir fue Willy Thayer, pero es interrumpido por una mujer que sorpresivamente se levanta, diciendo que lo hace así ostensiblemente, porque no entiende nada de su discurso, tal como no entendió los anteriores y sale lentamente, como disponiendo de todo su tiempo, mientras alega en favor de la poesía. Thayer, acepta esa posibilidad y continúa su reflexión acerca de la extraña inscripción del «*Novum*» en el título de *La nueva novela* y logra concluir. Aplausos. Aparece el vino de honor, se mezclan los saludos, sonrisas y comentarios, la contaminación acústica llena el recinto, mientras en la plaza de la Constitución repleta de gente, los vates dominan la escena.

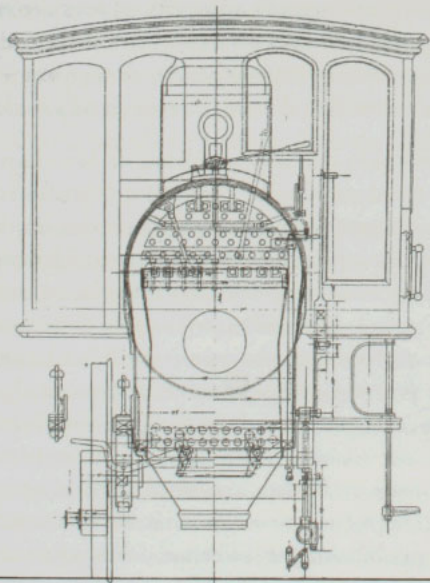
La portada del libro, diseño de Montes de Oca, da la impresión de una pantalla descalibrada cargada al rojo. El apellido Martínez, dividido en sílabas, ha sido escrito tres veces y sus contornos duplicados se superponen a una gráfica de figuras descalzadas en tres trazos, lo que lo hace ilegible. La sola línea rosa al pié, casi al corte, con su tipografía minúscula condensada, introduce el orden del subtítulo: *merodeos en torno a la obra poética de Juan Luis Martínez*. Aunque el libro ha sido sobre foliado, el manejo de los once textos que contiene no se hace fácil, porque carece de la referencia interna más elemental, la del índice, la que justifica en parte su existencia.

Juan Luis Martínez «*sólo y solo*», nos dice el editor Andres Ajens en la solapa, produjo dos obras, refiriéndose él mismo a la segunda (*La poesía chilena*. Ediciones Archivo. Valparaíso, 1978) e iniciando alfabéticamente, con su propio «merodeo», el libro. Como «*escasa*» calificó a esa obra la *Revista de Libros de El Mercurio* (12 mayo 2001) para avisar brevemente que este volumen de literatura pasiva puede encontrarse en la librería Ulises. Siento en esta palabra un parentesco con el adjetivo «*extraña*» con que Ignacio Valente tituló el artículo póstumo que aceptó tardíamente su poesía en esas mismas páginas (*Revista de Libros*, 4 de abril 1993), definiéndolo como: «*uno de los poetas chilenos más promisorios de su generación...*» autor de un «*único y memorable libro de poemas*», el subrayado es mío.

Siempre he sostenido que la originalidad de Juan Luis de tachar sus nombres, que determinó la irrupción del recurso en la escena de arte chileno, hacen que éste no pueda ser reutilizado sobre su nombre propio, de sujeto civil que siempre recordaremos, a pesar suyo. Pero menos aún puede utilizarse sobre los sujetos literarios que quiso ser, porque ésta atribución era sólo y únicamente suya. En este sentido el libro, tiene para mí una debilidad, responsabilidad del diseñador, por no haber sido más selectivo con algunas ideas sugerentes que tenía pero que «Díaz de Diseño» desechó a la hora del armado definitivo, optando por una redundancia sobredimensionada y obsesiva, con setenta y seis repeticiones a las que se suman otras menores o secundarias. En esto parece consistir la decoración, posibilitada por la libertad del juego computacional,



pero también por el desconocimiento de los consejos de Koch o Morison, de que el mejor diseño es aquel donde el diseñador no se nota. La sobreactuación del «yo», en este caso, parece olvidar que el propio Juan Luis buscaba justamente su desaparición. No puedo dejar de comparar este caso con el volumen que la misma editorial y el mismo Díaz produjo para *El meridiano* de Paul Celan (Ediciones Intemperie, Santiago), y veo en él una afectividad que aquí me parece ausente. Un viejo «objeto» de Juanito, quizás el más antiguo de los que se conservan de su mano, se titula «*Su obstinado llamar nunca se apaga*», creo que sus dos libros, esta «escasa obra» para la que él no mezquindó la intensidad de su trabajo podrían obedecer también a este mismo título, reclamándonos todavía, como objetos que son, una mirada atenta.



## Prosas de Jorge Teillier

Nunca llegué a conocer personalmente a Jorge Teillier y no puedo negar que, en los años sesenta, miré con cierto recelo sus ideas acerca de la poesía lórica, porque veía implícito en ellas, un cierto romanticismo. Después, la consistencia sostenida de su voz, la «*simetría verbal de su respiración*» que encontró de una vez tempranamente y en forma definitiva como ha dicho Jaime Valdivieso. Luego los amigos comunes y las proximidades que otorga el tiempo, fueron despejando dudas e iluminando las zonas que alguna vez fueron de sombra.

Ahora la publicación de sus *Prosas. Editorial Sudamericana. Santiago 1999*, ha dado permanencia a esas ideas que él hizo circular y que se mantenían dispersas. No se trata por cierto aquí de las «prosas» inspiradas del poeta, sino de aquella forma del lenguaje que, en el ejercicio del periodismo o de la crítica, le permitieron manifestar su lúcida vigilia sobre la literatura, la realidad y la cultura, como incansable lector que fue. Con ello, retrató de paso ese intenso período democrático de la vida en Chile, que se cerró en una de las formas de mayor violencia que registra nuestra historia y la discusión de aquel entonces sobre la debilidad de nuestra narrativa. De los ciento once artículos seleccionados por Ana Traverso, noventa y nueve fueron publicados entre 1959 y 1970, y ella los ha agrupado en cinco capítulos: Observaciones literarias; Vida y poesía; El oficio de leer; Andar y ver y La invención de Chile. Un acierto editorial sin duda, que complementa su obra poética e ilustra acerca de los referentes literarios de Teillier.

Compré este magnífico libro cuidadosamente anotado, con el sentimiento de ahorro que se tiene al hacerlo en una liquidación, pero sin dejar de tener presente otro sentimiento contradictorio, el de una pérdida, porque la librería liquidaba sus existencias para abandonar su local del centro. Fue una de las amenas lecturas de mis vacaciones de verano, no muy lejos de La Ligua, la ciudad donde el bar El Parrón conserva, como si fuera una animita, el lugar donde el poeta permaneció gastando sus codos.